



M.^a MERCEDES
ÁLVAREZ PÉREZ

BIOGRAFÍA JOVEN

EDITH STEIN

CAMINO DE
AUSCHWITZ



Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2002, M^a Mercedes Álvarez y Editorial Casals, SA
© 2023, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com

© Ilustración de cubierta: Carmen Segovia, 2023
Diseño de la colección: Enric Jordi y Eva Fàbregas
Fotografías: ACI, AISA, Album, Corbis-Cordon Press, TopFoto-Cordon Press
Ilustración: Farrés, il·lustració editorial

Primera edición: enero de 2002
Décima edición: mayo de 2018
Primera edición en Bambú: marzo de 2023
ISBN: 978-84-8343-903-6
Depósito legal: B 8197-2023
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL, Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión de este libro procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

LA MIMADA DE LA CASA

Empiezan a sentirse los primeros fríos del otoño en la industrial local de Breslau,¹ que en tiempos de nuestra historia pertenece a Prusia, al este del Imperio alemán.

Es un singular 12 de octubre de 1891, día en el que los Stein celebran una doble fiesta: la solemnidad judía de la expiación...² y el nacimiento de la más pequeña de la familia.

Todos hablan a la vez:

—¡Qué bonita es!

—Dejadme tenerla en brazos...

—No, que está durmiendo.

—¿Qué nombre le vamos a poner?

—Edith. Se va a llamar Edith.

Edith Stein Courant es la menor de once hermanos, de los cuales solo viven siete. Los seis mayores —Pablo, Elsa, Arnoldo, Federica, Rosa y Ernestina— se arremolinan en torno a la cama de la madre, Augusta Courant, que mira a la recién nacida y

1 Hoy es Wroclaw, en Polonia.

2 En el Yom Kippur (fiesta de la expiación o de los tabernáculos), los judíos hacen ayuno y penitencia durante veinticuatro horas. Junto con la Pascua, es de las celebraciones judías más importantes.

al resto de los chicos con una cansada sonrisa. Enseguida son empujados suavemente fuera del pequeño dormitorio.

La casa está llena de gente, aunque hace pocos meses que los Stein han tenido que dejar su pueblo polaco de Lublinitz, en la Alta Silesia, porque el negocio maderero familiar no iba bien. En esta nueva ciudad de Breslau había mejores oportunidades, gracias a su industria metalúrgica, favorecida por su puerto fluvial sobre el Oder.

La familia Stein es de raza y religión judías. Los judíos, que no poseían aún estado propio,³ estaban entonces diseminados entre Estados Unidos y Europa, particularmente en los países centrales del viejo continente. Son ciudadanos pacíficos e integrados, pero viven de forma separada de los demás, a causa de su religión y de sus costumbres.

La sinagoga de Breslau ha acogido a los Stein con cariño. Pero ¡cuánto les ha costado dejar su tierra natal y a sus queridos parientes! Echan de menos al abuelo, cantor y director de los rezos de la familia, y a la bisabuela —ya fallecida—, que, mientras encendía las velas del candelabro ritual ante la mirada atenta de los niños, rezaba:

—Señor, no nos envíes demasiado, solo lo que podamos sobrellevar.

El padre, Siegfried Stein, conversa ahora fumando su larga pipa en el comedor con los amigos y vecinos que han acudido a felicitarlo.

La señora Stein aprieta con ternura a su pequeña. Piensa si Dios se llevará también a esta preciosa niña, porque ya ha

3 El Estado independiente de Israel se creó sobre territorios palestinos el 14 de mayo de 1948. Su capital es Tel Aviv.

sufrido la pérdida de cuatro de sus hijos, que murieron muy pequeños. Pero intuye que esta niña, nacida en un día tan señalado, en el que el rabino ofrece un solemne sacrificio anual por los pecados del pueblo y este ayuna con severidad, va a estar especialmente unida a ella.

Pasa el tiempo, y parece que las cosas no van del todo mal en la familia. Edith se va criando muy sana entre los mimos de sus padres y de sus hermanos.

Un día caluroso de verano los niños están jugando cerca del bosque, no lejos de casa. Todo está tranquilo. Rosa entretiene a la pequeña Edith, que, con casi dos años, ya corretea con bastante soltura. Elsa, la hermana mayor, está ayudando a su madre en las tareas de la casa. De pronto, llega un carro conducido por uno de los jefes de la sinagoga y entra en la casa a toda prisa.

—Augusta, vengo a comunicarte una gran calamidad: han encontrado muerto a tu marido...

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado? ¿Dónde está? —grita la señora Stein, que se pone lívida.

—Lo traerán al caer la tarde. No hemos podido hacer nada.

El señor Stein, que estaba fuera de la ciudad, ha muerto a causa de una fulminante insolación, mientras seleccionaba la madera de los árboles del bosque.

La muerte, para los judíos, es siempre especialmente traumática y dolorosa, pues creen que las desgracias son consecuencia del abandono de Dios, de Yahvé. Por eso hacen un largo duelo y las lamentaciones y llantos duran muchos días.

Tras los ocho días de luto prescritos por la ley, la señora Stein, que ya siempre vestirá de negro, se encuentra de pronto lejos de su ciudad natal, con siete hijos y un negocio que casi no da ingresos. A causa de su viudez y soledad, Augusta se une

más a Edith, por la que siente una especial debilidad, pues se parece mucho a su difunto marido. La pequeña huérfana apenas ha conocido a su padre.

Los parientes le aconsejan que abandone esta actividad llena de deudas y que transforme su casa en una pensión. Pero ella decide mantener el negocio e ir introduciendo a los chicos varones en diversas tareas del oficio. Alquila un local junto a la pequeña vivienda para ubicar el almacén de maderas.

En los años de finales del XIX, la industria naval alemana está en alza, propiciada por la política imperialista del káiser Guillermo II, que fomenta el comercio exterior y político. Todo ello acaba favoreciendo el negocio maderero familiar.

2

EL REGALO MÁS DESEADO

Edith va siendo educada por su madre con mucho cariño, pero con firmeza. Pasan los años y va destacando en la niña un fuerte carácter, que contrasta con sus rasgos dulces y agradables: grandes ojos grises y vivaces, piel muy blanca y cabello liso y castaño. Tiene un simpático hoyuelo en la barbilla. Es muy delgada, con cierta tendencia a pillar resfriados durante los crudos inviernos prusianos.

Con solo tres o cuatro años, su madre debe reñirla con cierta frecuencia, a lo que la niña responde con terribles rabietas y cabezonadas. Augusta pasa poco tiempo en casa por el exceso de trabajo, y Elsa, la mayor, que tiene unos diecinueve años, hace un poco de madre de Edith y de Erna, las dos pequeñas, que, como solo se llevan quince meses, se han hecho inseparables. Erna secunda todas las ocurrencias de su hermanita.

Un día, el de la preparación de la Pascua, previo a la gran fiesta anual, el *sabbat* más importante del año judío, Edith propone:

—Vamos a ver qué hay preparado en la despensa para la fiesta.

—Mamá nos tiene prohibido entrar...

—¡Venga, que no se va a enterar!

Se cuelan en la pequeña habitación adyacente a la amplia cocina, la fresquera, donde almacenan los alimentos y las hortalizas y frutas. Pero Elsa las sorprende probando algunos dulces recién horneados por ella misma.

Las niñas son castigadas. Su hermana las encierra en una habitación oscura hasta el momento de la cena familiar. Erna llora sentada en un rincón, pero Edith golpea con sus puños la puerta hasta que esta casi se viene abajo y acaba con los nervios de todos.

En otra ocasión, a principios del verano, los hermanos mayores van a reunirse en el campo con otros chicos y chicas del barrio, pero a Edith no le permiten ir porque aún es muy pequeña. Disfruta mucho estando con los mayores y entrometiéndose en las conversaciones. Ha estado todo el día tratando de convencer a sus hermanos para que «cuiden» de ella, con argumentos de todo tipo. Cuando ve que no puede conseguir nada, se deshace en lágrimas y en lamentos bastante ruidosos. Todos están hartos de sus rabietas y terminan por llevársela con ellos con tal de no oírla.

Es muy curiosa y todo lo pregunta. Le encanta pasear por la zona antigua de Breslau, corretear por su gran plaza cuadrada, contemplar el puerto fluvial y que le expliquen el porqué de un monumento, de una placa conmemorativa o de las obras de expansión de la ciudad. Un día dice a su hermana Elsa, que ha estudiado para maestra:

—Enséñame a leer, por favor. Así leeré las cosas yo sola y no os molestaré tanto...

—Pero si irás muy pronto a la escuela...

—Pero ¡no quiero esperar! Anda, enséñame tú y me portaré bien.

Con su despierta inteligencia y su afán por saber, Edith aprende enseguida. Su memoria retiene poesías muy largas, que lee ya sin dificultad en los libros de sus hermanos. Y no le importa nada recitar algunas a los vecinos que visitan a su madre. Al revés: le complace mucho recibir halagos por su talento.

Erna ha comenzado ya la escuela, pero Edith aún no puede asistir. De nuevo, sus gritos desesperan a la familia. La inscriben entonces en la guardería, pero ella se niega en redondo a ir con los párvulos. Cada mañana es una pesadilla arrastrarla a un lugar que, según ella, «es para bebés». A veces tienen que convencerla con chucherías para que se conforme, como el gran cucurucho de deliciosas ciruelas que le compró un día una tía suya.

Se acerca su sexto cumpleaños. Suele recibir bonitos regalos de sus vecinos y de su familia, pero esta vez anda un poco cabizbaja y nadie sabe qué le pasa.

—Edith, ¿no estás contenta? Dentro de una semana es tu cumpleaños —le dice su madre.

—Es que no sé si me vais a regalar lo que quiero.

—Dínoslo y veremos.

—Pues... lo que más deseo es ir a la escuela grande.

—Pero, Edith —dice su madre—, ¿no sabes que eres pequeña aún? ¡Es imposible!

—Entonces —replica la niña enfurruñada—, no quiero que me hagáis otros regalos, porque nada me haría tanta ilusión.

Quedan un par de días, y ella sigue insistiendo en ir a la escuela, rehusando regalos. Cuando le preguntan qué es lo que desea, comenta siempre con firmeza:

—¡Lo único que quiero es ir a la escuela de mayores!

Su hermana Elsa es maestra de la Escuela Victoria, un centro educativo estatal protestante, y por fin consigue que admitan a su hermanita, a pesar de que el curso está empezado y no tiene la edad reglamentaria.

Cuando se lo comunican, la alegría de Edith es inmensa.

La Escuela Victoria es un antiguo palacete que domina la plaza principal de Breslau. Cada vez que pasa con su madre por la plaza, mira intensamente el edificio gótico, imaginándose el interior lleno del alegre bullicio de las alumnas, los pupitres, los libros, los encerados... Le gusta también sonsacar a su hermana, cuando llega a casa, detalles y anécdotas ocurridas ese día en la escuela.

Por eso, el primer día de clase es para Edith como un día de fiesta. Además, el severo director de la escuela, a quien le ha hecho gracia el tesón de Edith, le regala una cajita de pastillas de chocolate.

En poco tiempo se pone a la altura, y aun supera, a sus compañeros.

—¿Qué tal en la escuela? —le preguntan con frecuencia sus hermanos mayores.

—Estoy muy, muy contenta —responde—. Allí me toman en serio. ¡No como vosotros, que pensáis que sigo siendo pequeña!

Sus hermanos, para meterse con ella, la llaman la «lista Edith». Y a ella le da mucha rabia.

3

UNA PELEA ENTRE BORRACHOS

Edith es muy sensible hacia todo lo desagradable. No consiente que se maltrate a nadie, ni al más pequeño animal.

Un suceso que le ocurre la marca profundamente en esos años e incluso para toda su vida.

Un día regresa de la escuela y en una de las calles se topa de repente con una pelea entre borrachos, en la que oye blasfemias y palabras soeces. Muchos que pasan por allí se ríen de ellos. Han sacado unos cuchillos y ve cómo corre la sangre. Edith se apresura hacia su casa por otro camino en medio de un gran nerviosismo. Llega con un ataque de fiebre y se tiene que acostar.

No cuenta apenas el suceso ni su conmoción, y esa noche no puede dormir. En el silencio y la oscuridad de su cuarto, pondera las consecuencias del hecho: aquellos hombres eran como bestias, habían perdido su dignidad humana. ¡Qué importante era dominarse, no dejarse llevar por la ira, sujetar a voluntad los propios sentimientos e instintos! Aquella noche decide conseguir el autodomínio como expresión de libertad, ser dueña de sí misma. Le resultaría difícil, pero lo haría. También se hace el propósito de no probar nunca una gota de alcohol.

En otra ocasión la llevan al teatro. La obra es *María Estuardo*, de Schiller. La historia de la desgraciada reina católica escocesa, a quien Isabel I de Inglaterra cortó la cabeza, conmociona tanto a Edith que le da fiebre alta en el mismo teatro y tienen que llevársela a casa, delirando.

Los accesos de fiebre le dan con frecuencia cuando ve algo desagradable. Es como una autodefensa hacia lo que no comprende, pero a medida que se hace mayor van desapareciendo.

Edith tiene ya siete años y desde que asiste al colegio parece que su personalidad se va asentando. Ya no es tan caprichosa y testaruda como antes. Se vuelve más callada, más soñadora, medita mucho las cosas que le ocurren, lo que oye a los mayores. Como ella dice en sus memorias, se construye un «mundo oculto».

La madre, después de la agotadora jornada de trabajo en el almacén de maderas, sube a la habitación de Edith todas las noches y rezan juntas las oraciones de acción de gracias por los beneficios recibidos durante el día. A veces, Edith aprovecha esos momentos para hacerle preguntas. Pero en ellas no hay nada de piedad o devoción religiosa, sino solo curiosidad:

—Mamá, ¿de dónde venimos los judíos?

—Somos el pueblo escogido por Dios desde la creación del mundo. De nuestro pueblo surgirá el mesías, el salvador.

—Pero ¿quién es Yahvé?

—Yahvé es Dios. Él hizo un pacto con nuestro padre Abraham y dio a Moisés las leyes por las que se debía regir nuestro pueblo. Ese es nuestro tesoro.

—¿Y cuándo vendrá el mesías?

—No lo sé, Edith. Los cristianos dicen que ya ha venido, que era Jesús de Nazaret, un profeta poderoso que murió cru-

cificado por los romanos en la ciudad santa. Pero estas cosas solo las saben los sabios... Nosotros debemos creer y esperar la promesa de Yahvé.

Augusta quiere que Edith se dé por satisfecha, pero estas respuestas no la convencen. La señora Stein, judía muy devota, trata de inculcar a sus hijos la fe judaica. Como Edith es la más pequeña de la casa, durante algunos años le toca, en la fiesta de los Ázimos, preguntar al mayor de la familia el porqué de aquellas tradiciones. Y así se expone cada año la historia de Moisés, la liberación de Egipto y la Pascua judía narrada en el libro del Éxodo.

Toda la familia va a la sinagoga los sábados y recitan juntos las oraciones familiares, dirigidas por Pablo, el hermano mayor. Conocen desde pequeños la Torá, la ley y la tradición judías, y el Talmud, las enseñanzas rabínicas. Augusta Stein educa a sus hijos con firmeza y cariño a la vez.

La fuerza de voluntad y la intuición para los negocios de la señora Stein hacen que estos prosperen. En esos últimos años del siglo XIX, tienen una vida más desahogada económicamente, aunque no abandonan nunca la austeridad que siempre marcó su hogar.

El almacén de maderas, junto a la casa, es un sitio «mágico» para los niños. ¡Qué bien huele allí a madera y a resina! Suelen jugar entre los troncos y las carretas de tablones apilados. A veces tienen que acudir a alguno de los obreros para que les saque las astillas que se les clavan en las rodillas o en los dedos.

Edith recuerda también de esos años que su madre llegaba a casa, durante los fríos inviernos, con las manos calientes. Y a la niña le parecía que las manos de su madre irradiaban todo el calor del amor.

Los familiares de los Stein eran muy numerosos y, como buenos judíos, se veían con mucha frecuencia en las fiestas religiosas y familiares.

En una de estas fiestas, con motivo del ochenta cumpleaños de una tía abuela, Erna y Edith tienen que bailar, vestidas de época, con otras primas de su edad y sus hermanos, bajo las órdenes de una profesora de baile francesa. Las parejas se forman: Erna y Edith bailan juntas. Erna, que es muy alta, hace de hombre.

—¡Mirad lo bien que lo hace Edith!

—¡Qué elegancia de movimientos, qué soltura!

—Pero ¿es posible que nunca haya dado clases de baile?

Con estas exclamaciones todos admiran a Edith, que lo hace realmente bien. Tanto que se convierte en la estrella de la velada. La profesora la toma aparte y le dice:

—Si quieres, hablo con tu madre para enseñarte a ti sola, con una clase privada, porque puedes convertirte en una famosa artista. ¡Tienes mucho talento!

—¿Usted cree —contesta como si se tratara de una broma— que me gustaría dedicarme al baile? No, no, a mí lo que me gusta es estudiar.

A esa corta edad ya tiene muy claro lo que quiere. A pesar de todo, le encanta ser el centro de la fiesta y que todo el mundo la alabe. Su tía abuela le regala dulces. Pero esa noche, sus hermanos la regañan:

—Te has portado como una presumida.

—¡Vaya miraditas tan lánguidas y coquetonas echabas aquí y allá! ¿Querías engatusar a tu caballero?

Y se burlan de ella. Edith se enfurece:

—¡Es ridículo! Si mi caballero era Erna...

Edith ha bailado lo mejor que sabía, sin afán de convertirse en protagonista. Se va a su cuarto sin dirigirles la palabra. Sueña a menudo que el futuro le tiene reservadas felicidad y gloria. Sí, está destinada a algo grande.

En apenas seis meses desde que empezó la escuela se ha situado entre las primeras de la clase. Pero no es una chica pedante. Simplemente le encanta aprender. Sigue las clases de sus profesores con sumo interés, sobre todo las de historia y literatura alemanas, que es lo que más le gusta. A veces, se acerca hasta las salas donde se reúnen los profesores. Le gustaría saber lo que hablan también allí.

Con sus compañeras es servicial y alegre: les explica las lecciones si no las han entendido bien. Ya desde entonces sabe que la bondad es mejor que la sabiduría.

4

UNA CRISIS Y UN CAMBIO DE AIRES

Pasan los años y Edith se convierte en una chica bastante guapa, callada, aunque no tímida. Conserva un rico y exclusivo mundo interior solo para ella.

—Piensas demasiado, eres muy sesuda —le dice Arno con un poco de sorna—. ¡Mira qué distinta es Erna: cuenta todo lo que le pasa!

Ha terminado la educación básica para niñas con excelentes notas. Ahora puede seguir los cursos del instituto —el gimnasio, como se llama en alemán a la educación secundaria— que se imparten en un centro adyacente a la Escuela Victoria.

Por entonces, Edith está muy desencantada con la fe judía. Ve solo ritos que no conducen a nada. No entiende la Biblia. No le resuelve la existencia de las cosas, de la gente, el porqué del dolor. Pregunta a su madre. Pero esta quiere, con la mejor de las intenciones, que rece y confíe en Yahvé. No obstante, ella ya no puede seguir creyendo a ciegas como cuando era niña. Su mente racional y lógica exige la razón de todo. También se encuentra un poco sola, por su carácter reservado.

Ha cumplido ya los catorce años cuando cae muy enferma. Y es que se encuentra agotada física y mentalmente. Los médicos dicen:

—Le conviene un cambio de aires, reposar de tanto ajetreo.

Una mañana, estando ya Edith un poco mejor, le dice a su madre:

—Mamá, quisiera dejar de estudiar una temporada. Estoy tan cansada...

—Hija, ¿estás segura?

—Sí, se me ha ocurrido que quizá pueda irme algunas semanas con Elsa. Además, le podría echar una mano con los niños. ¡Me hace tanta ilusión verlos!

—Muy bien, hija, puedes dejar de estudiar por el momento, si quieres. Le escribiré a tu hermana, y en cuanto te pongas buena del todo, te vas con ella unos días.

Elsa se ha casado hace pocos años y vive en Hamburgo con su marido, Max Gordon, que es médico. Tienen tres hijos, uno de ellos una niña, pero Elsa echa mucho de menos a Erna y a Edith, sus hermanas pequeñas. También se han casado sus hermanos Pablo, Arno y Federica.

A los quince días, su madre la deja instalada en el tren, con una gran bolsa de equipaje y algunas golosinas para sus sobrinos.

Es la primera vez que sale de casa y al principio siente mucha nostalgia de su madre. Aunque va para seis semanas, pasa casi diez meses con Elsa, y ese tiempo constituye una verdadera cura para ella.

En casa de su hermana se dedica a los tres pequeños. Las tareas domésticas le parecen engorrosas y difíciles, aunque las realiza con agrado y afán de ser útil a sus anfitriones. También

se aficiona mucho a leer y repasa la biblioteca de su cuñado en busca de libros interesantes.

Su hermana está encantada de tenerla en casa y los domingos la invita a los exquisitos pasteles de una de las confiterías más elegantes de Hamburgo, cerca del muelle turístico.

Hamburgo le parece una ciudad imponente. Se encuentra asentada sobre zonas pantanosas y atravesada por dos afluentes del río Elba, el Alster y el Bille. Con Elsa, y a veces sola, Edith pasea por las concurridas calles de esta floreciente ciudad comercial del norte de Alemania, sobre todo por el casco viejo. Le gusta observar el trasiego de barcazas en los canales fluviales y contemplar la antigua universidad de gastados muros.

Un día recibe un telegrama de su madre, que le ordena que vuelva porque otro de sus sobrinos está muy enfermo. Edith tiene mucha mano con los niños y los enfermos de la familia, sabe cuidar de ellos.

Así pues, Edith vuelve a casa. Está ya hecha una mujer y muy cambiada. Esos meses dedicados a tareas domésticas la han robustecido y la han descargado de la tensión emocional que provocó su crisis nerviosa. No obstante, ha perdido la fe religiosa y abandona por completo las prácticas judaicas.

El negocio va bien y la señora Stein ha comprado una casa muy bonita y mucho más grande, con espacio incluso para dos familias completas. Tienen un pequeño y cuidado jardín delante, separado de la calle por una verja.

Durante un tiempo, Edith está en casa sin estudiar, ayudando a sus hermanas y cuñadas en las tareas domésticas y atendiendo a sus cada vez más numerosos sobrinos. Los niños se llevan muy bien con ella.

Están todos un poco preocupados porque no habla nunca de su futuro. Un día su madre aprovecha para abordar la cuestión mientras le cepilla el cabello:

—Hija, ¿no tienes ilusión por hacer alguna cosa? Tienes casi dieciséis años... Has de hacer algo.

—Pues la verdad es que echo de menos el instituto, pero soy ya un poco mayor para volver a empezar.

—¡Eso no es problema! Nunca es tarde. Hay quienes comienzan a estudiar a los treinta años. ¿Por qué no intentas ponerte al día?

Y lo hace. Con ayuda de unos profesores particulares se aplica con renovadas energías al latín, a las matemáticas y al resto de las asignaturas.

Un día, su madre la sorprende estudiando por la noche bajo la luz de la lámpara de gas.

—Edith, descansa. Al menos de noche.

—Es que debo recuperar el tiempo perdido. Si me sacrifico un poco ahora, podré presentarme al examen de reválida dentro de dos semanas junto a mis compañeras.

—Pero ellas llevan varios cursos preparándose...

—Por eso debo estudiar intensamente, mamá.

A la mañana siguiente, a su madre le extraña que ni Edith ni Erna se hayan despertado aún. Piensa que han estudiado hasta muy tarde y las deja un poco más en la cama. Al final, envía a Federica a que las levante.

Al abrir la puerta del dormitorio sale una oleada de olor a gas. Edith y Erna no responden: están sin sentido y palidísimas.

—¡Mamá, corre! —grita Federica—. ¡Están medio muertas!

Resulta que se ha apagado la llama de la lámpara y el gas ha seguido saliendo con todo cerrado. Federica se apresura a

abrir la ventana y a reanimar a sus hermanas, que han estado a punto de morir por asfixia.

Edith recuerda este episodio sin temor alguno a la muerte, como un dulce sueño.

Llega el día del examen de reválida, y lo supera fácilmente. Edith empieza a pensar en su futuro: ha descubierto que le encanta aprender cosas; disfruta ayudando a amigas más retrasadas en los estudios y comprobando cómo avanzan. ¡Sí, será maestra! Como su querida hermana Elsa.

También ha llegado al convencimiento de que el judaísmo no puede ser la verdadera fe, pero por no enfadar a su madre la sigue acompañando a la sinagoga. Edith decide que si alguna vez descubre dónde está la Verdad, con mayúscula, la vivirá imitando la integridad, bondad y honradez que ha visto en su madre. En eso sí que es todo un ejemplo para ella.

Con el final de curso, se organizan los actos solemnes de entrega de premios y diplomas honoríficos. Edith recibe los suyos, que no son pocos. Le complace el justo merecimiento de los galardones, pero le aterra subir al estrado y sentir en ella la mirada de todos; se sonroja al recibir las alabanzas y los aplausos y baja a toda prisa a su asiento. Quisiera no tener que pasar por ese trago de ser el centro de atención, pero no le queda más remedio.

Una compañera le susurra al oído:

—Edith, ¿por qué te pones tan colorada? Deberías estar encantada. ¡Ya me gustaría a mí estar en tu lugar!

—Es que tanta alabanza me abruma. Creo que no es para tanto. Además, debemos ser como el cristal de una ventana, que deja pasar toda la luz, pero a él no se lo ve.

Hasta ese punto se va configurando su sencillez y humildad ante los éxitos: hacer las cosas lo mejor posible, pero sin buscar destacar por ello.

Para celebrar el final del curso y el inicio del verano, sus amigas organizan una excursión. Deciden ir a bañarse al Oder y merendar en la orilla. Insisten en que Edith no falte. Su jovialidad y su conversación, siempre amables e interesantes, dan un ambiente alegre a todas las reuniones a las que va. Edith jamás habla mal de nadie ni su charla tiene tono pesimista. Pasan un día realmente estupendo.

Al atardecer se despiden hasta el otoño, pues muchas se irán de la ciudad para pasar el verano fuera. Edith es una de ellas.

LA PERSONALIDAD DE EDITH STEIN



Edith Stein fue una mujer de carácter fuerte, alegre y voluntarioso.

Coherencia. La coherencia es una forma de pensar que se hace vida. La llevó a la santidad, que completa a la persona, dándole una dimensión humanamente muy atractiva. La santidad da humildad y disponibilidad.

Firmeza. O la «determinada determinación», como decía santa Teresa de Ávila. Veía que algo era bueno e iba a por ello, costara lo que costase. Por ejemplo: su amor por el estudio, a pesar de que no estaba bien visto que una chica estudiara en la universidad; o el descubrimiento del catolicismo, a pesar de la oposición de su familia a su conversión.

Deporte y arte. Le encantaban el tenis, el senderismo, las excursiones y el arte.

Amistad. Siempre estaba dispuesta a echar una mano, ayudar en los estudios, corregir trabajos de otros a pesar de sus muchas ocupaciones, dar consejos, escuchar los problemas de los demás.

Feminismo. Era feminista en un mundo fuertemente masculino. Opinaba que la mujer tenía derecho a participar en la sociedad, en la política, en la cultura. Destacaba el papel de esposa y madre, que no veía incompatible con el ejercicio de una profesión, algo casi impensable en esa época. Odiaba la violencia.

Activismo. Se involucró con todas sus fuerzas en los acontecimientos de su tiempo: voluntaria en la Cruz Roja durante la Primera Guerra Mundial, participación activa en movimientos feministas, que matizó mucho, conferencias, cartas y otros escritos sobre la mujer. Durante el periodo del nacionalsocialismo en Alemania, llegó a pedir al papa Pío XI que condenara la represión contra los judíos (y lo hizo con una encíclica en 1937).



Breslau, la ciudad natal de Edith Stein.



Colegio donde estudió.

LOS ESCENARIOS DE SU VIDA



- 1 Breslau (Polonia): lugar de nacimiento (1891).**
- 2 Hamburgo (Alemania): estuvo con su hermana mayor (1905).**
- 3 Lublinitz y Chemnitz (Polonia/Alemania): lugares de veraneo.**
- 4 Gotinga (Alemania): cursó sus estudios universitarios (1913).**
- 5 Fráncfort (Alemania): excursiones y arte.**
- 6 Mährisch Weisskirchen (Austria): ejerció como enfermera (1915).**
- 7 Friburgo (Alemania): estuvo como ayudante de Husserl (1916).**
- 8 Bergzabern (Alemania): tuvo lugar su conversión (1921).**
- 9 Espira (Alemania): trabajó de maestra (1923).**
- 10 Münster (Alemania): dio clases en un instituto (1932).**
- 11 Colonia (Alemania): profesó como carmelita (1933-1934).**
- 12 Echt (Holanda): convento en el que se refugió de los nazis (1939).**
- 13 Auschwitz (Polonia): campo de exterminio en el que fue asesinada (1942).**

LA FENOMENOLOGÍA

La fenomenología (del griego *fainómenon*, «apariciencia» y *logos*, «estudio, tratado») es una parte de la filosofía que analiza y estudia los fenómenos o formas en las que se presentan las cosas a nuestra conciencia, es decir, al conocimiento.

Lo que vemos no es el objeto en sí mismo, sino cómo lo percibimos nosotros. Por eso, la fenomenología es sobre todo un método filosófico que busca el conocimiento de la esencia de las cosas mediante la eliminación de los condicionamientos y de todos los prejuicios.

Este proceso fue denominado *epojé* por Edmund Husserl, el padre de la fenomenología, y se caracteriza por ir directamente a las cosas mismas, prescindiendo

del conocimiento previo que se tenga de ellas. En el esfuerzo por llegar a la pureza de las cosas, es indispensable la puesta entre paréntesis de todo lo que no sea la esencia misma. La fenomenología se fundamenta, por tanto, en la intuición, que alcanza directamente el contenido ideal del fenómeno.

A diferencia del método cartesiano (propuesto por Descartes), que tomaba por real todo aquello que fuera primero dudado y luego pensado de manera clara y distinta, el método fenomenológico toma por real todo aquello que es pensado y conocido de manera clara y directa.

Edmund Husserl

